

Cioran, o el exilio subjetivo*

* Este texto es el resultado de un antiguo interés por la vida y obra de E. Cioran desde la perspectiva de una formación psicoanalítica sedimentada a partir de Freud y Lacan, sin pretensiones de ortodoxia y con alguna sensibilidad por temas adscritos a la filosofía y otras áreas del saber. Por ello el lector encontrará nociones como: *ser, subjetividad, existencia, conciencia, saber, cultura, palabra y lenguaje*, que aparecen como motivo de reflexión en el autor en versiones personales muy condensadas y sin mayor desarrollo expositivo. Las discusiones teóricas acerca de tales conceptos han dado origen a sistemas de ideas y escuelas que escapan a nuestro dominio; por tanto las utilizamos en su sentido más general y aproximable a nociones del psicoanálisis que a nuestro criterio se insinúan como palimpsesto en los textos de Cioran. Nos excusamos ante el lector por esta deficiencia y asumimos el saber largamente procesado por Cioran, en tales temas.

¹ Cioran (8 de abril de 1911-20 junio de 1995) nace en Rasinari, en la región rumana de Transilvania. Entre 1928 y 1932 estudia literatura y filosofía en Bucarest. Luego de graduarse, se matricula para el doctorado en la especialidad de Psicología. Entre 1933 y 1935 estudia filosofía en Berlín. En 1937, mediante una beca se instala en París hasta su muerte, ocurrida el 20 de junio de 1995. Los efectos subjetivos y sociales de las guerras, la erosión de la cultura y el surgimiento del fanatismo ideológico forman parte del acontecer que dejó huella en Cioran.

² Lucidez: expresión usada por el autor para describir el saber obtenido como revelación imprevista que desarticula saberes previos, garantes de la posición del hombre frente al mundo. Por oposición a los sistemas de ideas que intentan fundar, la lucidez desestructura y descubre la falta de fundamento, según Fernando Savater, autor que consultamos, en su *Ensayo sobre Cioran*, Madrid: Espasa Calpe, 1992.

CIORAN OR SUBJECTIVE EXILE

The life and work of the philosopher and writer, E.M. Cioran, provides the observer with a multitude of contrasts and nuances in different aspects. Reading him, we are moved by his extremely sincere melancholy and are confronted by the acuteness of his thought and the density of his erudition. Another important facet of his writing is the dark turn of his reflections, tempered by refined humor, that make the reader smile conspiratorially or calmly resign himself to the inevitable. The experience of studying him helps us to relocate our ideals, and obtain the benefit of better understanding our condition of *being in lack*.

CIORAN OU L'EXIL SUBJECTIF.

La vie et l'oeuvre du philosophe et écrivain E.M. Cioran, offrent à l'observateur une multitude de contrastes et nuances d'aspects variés. Sa lecture émeut par le ton mélancolique d'une sincérité extrême et confronte le lecteur à sa réflexion pointue et la densité culturelle qu'il développe. Une autre caractéristique importante de son écriture réside dans le caractère sombre de ses réflexions, nuancée par un humour raffiné, qui peut provoquer chez le lecteur un sourire complice ou un acceptable sentiment de l'irréparable. L'étudier aide à ressiter les idéaux, en favorisant la compréhension de notre condition de *être en faute*.

CIORAN O EL EXILIO SUBJETIVO

La vida y obra del filósofo y escritor, E.M. Cioran, ofrece al observador una multiplicidad de contrastes y matices en varios aspectos. Su lectura conmueve por el tono melancólico en extremo sincero y confronta por la agudeza de su pensamiento y la densidad cultural que lo respalda. Otro aspecto importante de su escritura es el sesgo sombrío de sus reflexiones, matizado por un humor refinado, que puede movilizar en el lector la sonrisa cómplice o el sosiego sensato de lo irremediable. La experiencia de estudiarlo dispone a resituar los ideales, con el beneficio de entender mejor nuestra condición de *ser en falta*.



ivimos tiempos de exilio. Exilio obligado como resultado de la guerra y del uso arbitrario del poder. El poder que engeuece, porque pierde referentes fundamentales de sí y del otro, bajo los destellos de la verdad absoluta o la trascendencia histórica. Al amparo de tales presupuestos, algunos pocos deciden acorrallar a muchos otros, quienes inermes frente a la eficacia de las armas, terminan sometidos o exiliados en espacios inhóspitos, y excepcionalmente pueden oponer resistencia en condiciones muy adversas.

Con puntual insistencia se ha repetido esta dinámica exterminadora en la historia de los pueblos. Y con la misma obstinación, los sobrevivientes hacen resurgir de entre las cenizas, las ilusiones y los proyectos para reconstruir la sociedad y para mejorar la interacción con el otro. Esta secuencia extraña ha suscitado múltiples reflexiones, esperanzadas hasta el delirio algunas, escépticas hasta la inanidad otras y, en el mejor de los casos, lúcidos tratados sobre la condición humana. En esta dirección puede ubicarse la obra de Cioran, quien centra su vida en la escritura después de marginarse con no poco sufrimiento de su patria y de su lengua; también de explorar grandes pensadores, de presenciar acontecimientos que marcaron su época¹ y hasta de participar en eventos políticos que anunciaban catástrofes sociales.

Si aceptamos que el autor se ocupa de la condición humana, conviene advertir que no lo hace para exaltarla. El tono de su escritura, en tanto es fruto de la *lucidez*² y del desgarrar-

miento subjetivo, es escéptico; por tanto en contravía del progreso y el devenir.

Su palabra tiene el efecto de resquebrajar las imágenes narcisistas, porque muestra el lado ominoso, en términos de Freud, de la condición humana y de la historia. Si la versión más difundida es la bondad de lo humano y su capacidad para mejorar de acuerdo con el saber y la experiencia, Cioran en cambio hace énfasis en la hostilidad que alberga y la precariedad de sus acciones: "En el origen de mi posición está la filosofía del fatalismo. Mi tesis fundamental es la impotencia del hombre"³.

La repetición obsesiva y la contradicción no lo perturban. Las defiende como ilustración de su ser. Se involucra en la reflexión sin reticencia: "Yo soy un ejemplo de lo que describo. No soy una excepción: al contrario. Estoy lleno de contradicciones. Estoy incapacitado para la sabiduría y, sin embargo, tengo un gran deseo de sabiduría"⁴.

Aunque reitera que no intenta convencer a nadie, palpita en los textos una bien elaborada inferencia, que desestructura creencias pero también suscita sonrisas cómplices por la finura y pertinencia de su ironía. Con un hábito de sinceridad o desenfado, asume el sesgo corrosivo de su pensamiento y la pretensión de sacudir al lector:

¿Es imaginable un ciudadano que no posea un alma de asesino?, ¡interrogarse sobre el hombre durante tantos años! Imposible exagerar más el gusto por lo 'mal-sano'. Amar al prójimo es algo inconcebible. ¿Acaso se le pide a un virus que ame a otro virus?⁵

Mi idea al escribir un libro es *despertar* a alguien, azotarle. Puesto que los libros que he escrito han surgido de mis malestares, por no decir de mis sufrimientos, es preciso que en cierto modo, transmitan esto mismo al lector⁶.

Se expone con ello a la crítica de sus interlocutores, ofreciéndoles los argumentos para ser tan severos como lo es el autor en sus afirmaciones. La paradoja es que pese al énfasis sombrío, la escritura fue su salvación. Le protegió de traducir sus pasiones en acciones destructivas. Se vislumbra como un hilo conductor de su escritura esta posible secuencia: explorar, discurrir, discernir, decepcionarse y luego estallar vociferando contra Dios, el destino humano y el universo. Aunque en su recorrido vital tejió relaciones, cumplió los requisitos de su condición de emigrante, auxilió a sus parientes, hizo de interlocutor oportuno a suicidas potenciales, soportó las deficiencias de salud y las limitaciones económicas, rechazó premios y se mantuvo al margen de los rituales de la fama.

Esta mínima semblanza de Cioran intenta sugerir los vestigios de una subjetividad desfalleciente frente al aspecto oneroso de la existencia, que sobrevivió gracias al verbo. La palabra como gozne simbólico, atrapa lo real,

con el efecto del engaño colectivo según el autor, pero anudada en texto también le permitió aliviar los efectos reales de la existencia. Tener un respiro para transformar y comprender aunque fuese con efectos desgarradores.

Este ensayo explora la escritura como exilio subjetivo, en un autor que nos alerta sobre el engaño de las certidumbres, utilizando justo el instrumento contra el cual denosta: el artificio del verbo que nos arrancó la inocencia. Hacer una pausa a lo real del entorno social que nos agobia, amable lector, es también encontrar otras formas de exilio siguiendo a Cioran.

EL EXTRAÑAMIENTO DEL ORIGEN

De acuerdo con la ciencia, el universo físico y el funcionamiento del orden natural fueron el germen de la vida. En el marasmo inicial, procesos elementales propiciados por el azar dieron por resultado formas incipientes de vida que evolucionaron hasta la aparición de los homínidos. Éstos, preocupados por el efecto de la mirada y la urgencia de sobrevivir, dieron el salto que anudó su dotación natural al universo de los símbolos y las significaciones con la utilización del lenguaje. Podemos suponer como paso previo, un intercambio de reflejos con el otro semejante, que facilitó la aparición de la imagen de sí, mediante construcciones mentales y acciones especulares. La interacción posibilitó la evolución de la imitación y la semejanza a la diferencia y a la cualificación. Esta relación inaugural debió fortalecer el interés por los otros y desencadenar la apetencia insaciable de conocimiento por el entorno natural, para dominarlo y vivir mejor.

Si el reconocimiento del semejante auspicia la conciencia de sí, y con ello se impone la irrupción de la palabra para acordonar los impulsos que empujan a la sobrevivencia, el paso hacia la interpretación del universo no es demasiado largo. En la solución de las urgencias vitales se debieron despertar afectos que, progresivamente, dieron paso a códigos de interacción para regular la omnipotencia del más fuerte, y en el devenir después de privilegiar a los semejantes debió surgir la urgencia de crear alianzas con los miembros de otros clanes para obtener beneficios comunes.

La interpretación fantasiosa del entorno humano y natural, el manejo de las experiencias y su registro para recordar o reprimir y el ingreso en el orden simbólico incubaron el bagaje subjetivo que dio paso a una dinámica compleja de los humanos, consigo mismos, con sus semejantes y con el reino de la naturaleza de donde provinieron. Al cruzar la frontera que lo alejó de su origen, el hombre quedó escindido más allá de su conciencia⁷, entre el deseo siempre inalcanzable de recuperar un estado de plenitud sin interferencias y el ser anudado a la convención simbólica.

³ E. M. Cioran, *Conversaciones*, Barcelona: Tusquets Editores, 1997, pág. 127.

⁴ *Ibid.*, pág. 130.

⁵ E. M. Cioran, *Ese maldito Yo*, 2a. edición, Barcelona: Tusquets Editores, 1988, págs. 61, 63, 65, respectivamente.

⁶ *Conversaciones*, op. cit., pág. 19.

⁷ Utilizamos la noción de *conciencia*, en el sentido de control consciente. No tiene connotaciones éticas y la equiparamos en la escritura de Cioran a *conciencia*, porque a diferencia de otros filósofos, el autor reconoce la vigencia de la *inconciencia*. No en vano, su interés se centra en los aspectos ominosos que confrontan el razonamiento consciente.

Esta lectura propuesta por Freud para entender el malestar perenne entre los humanos y el orden cultural es resaltada por Lacan: "Pues el descubrimiento de Freud es el del campo de las incidencias, en la naturaleza del hombre, de sus relaciones con el orden simbólico, y el escalonamiento de su sentido hasta las instancias más radicales de la simbolización en el ser"⁸. En una intersección fructífera para algunos, pero para infortunio de Cioran, los humanos quedaron extrañados de su origen porque el símbolo capturó y fundó la conciencia. De tal bautizo, la letra encarnará el cuerpo más allá de lo que perciben, con efectos fundantes pero también desgarradores. Allí donde adquieren el don de la palabra, pierden en su condición vital. En tanto humanos, se alejan de la naturaleza e ingresan al redil de la cultura. Lacan lo precisa: "El hombre habla pues, pero es porque el símbolo lo ha hecho hombre"⁹.

No significa, sin embargo, que desaparezcan las raíces. Son rasgos arcaicos que permanecen entre líneas y afloran por los resquicios del control racional y en contravía de lo aprendido. Es posible descubrirlos en el miedo que inmoviliza o impulsa a actuar ciegamente, en la sensibilidad que anonada, en la urgencia de dominio y en la expulsión del otro o en su exterminio para asegurar el control, o en la aspiración a la inanimidad para obtener reposo. Es la *pulsión* que permanece al acecho y que presiona por emerger en versiones a menudo opositivas pese a las restricciones, a las satisfacciones sustitutivas o a los códigos inventados para mediarla.

En el vínculo social cuando las circunstancias asfixian, los rasgos arcaicos pueden emerger incontrolados, con efectos de erosión y desajuste del precario equilibrio entre el mundo subjetivo y el mundo real. Pueden relativizar o distorsionar los códigos que facilitan las aproximaciones, y propiciar por el contrario las acciones defensivas que polarizan los vínculos. Esta dotación ancestral, resaltada por Cioran, permite lecturas desde el ámbito subjetivo del sesgo siniestro de la historia de los pueblos y del derrumbe de las culturas.

Entonces, el extrañamiento del origen natural en aras del universo simbólico que supone el lenguaje y el orden cultural, significa un canje que deja restos y vacíos para asumir. Es el drama constante que para algunos representa la opción de luchar; para otros, los que no perciben el señuelo, constituye un recorrido sin pausa a la caza de objetos que taponen momentáneamente el vacío; para otros, la renuncia, y para los *lúcidos* como Cioran, el dolor de la conciencia desgarrada y el escepticismo sin resignación.

LA LUCIDEZ COMO ENVÉS DE LA ILUSIÓN SOBRE LO HUMANO

El concepto de *lucidez* es importante en la obra de Cioran porque fundamenta la posición del autor frente a la existencia y frente al univer-

so. En términos generales tiene el sentido de una revelación, que produce desajustes porque deja al desnudo la fisura entre la dimensión real de los acontecimientos y la versión discursiva de los mismos. Tal inferencia, aplicable prioritariamente al efecto del lenguaje como instrumento para designar, en el autor compromete todo el andamiaje sobre la condición humana:

La conciencia no es la lucidez. La lucidez, monopolio del hombre, representa el desenlace del proceso de ruptura entre el espíritu y el mundo; es necesariamente conciencia de la conciencia y, si nos distinguimos de los animales, el mérito o la culpa es suya¹⁰.

La posibilidad de interpretar lo real precipita en el autor un sentimiento de pérdida, más que de ganancia. A diferencia de otros, su atención se fija más bien en los vacíos que deja la operación simbólica; por ello resalta la distancia entre el origen natural, recordado con nostalgia y el constructo simbólico que generó la conciencia.

El pensamiento es destrucción en su esencia. Más exactamente: en su *principio*. Se piensa, se comienza a pensar, para romper lazos, disociar afinidades, comprometer la armazón de lo 'real'. Sólo después, cuando el trabajo de zapa está ya muy avanzado, el pensamiento se apoltrona y se insurge contra su movimiento natural¹¹.

Toda lucidez es una pausa de la sangre. La lucidez es un reflejo del pecado cotidiano de ser, y el conocimiento, una forma vulgar de la nostalgia. La lucidez, otoño de los instintos¹².

Cuando reflexiona acerca de su vida o de los acontecimientos históricos, confirma los avatares de la subjetividad, a menudo incapaz de conciliar los pensamientos y las acciones o urgida de ideales que asumidos con frenesí culminan en el desastre social. Por ello impugna el valor de los sistemas filosóficos y políticos y la historia como evidencia de progreso. Le parecen la confirmación de los efectos nocivos y estériles del extrañamiento del origen y la incidencia del destino. Sin embargo, no cesa de utilizar los mismos instrumentos que ya se le perfilan inútiles: el pensamiento, la inferencia, el texto. Los siguientes aforismos despojan al rey de sus ropajes discursivos:

La historia no es más que un desfile de falsos Absolutos, una sucesión de templos elevados a pretextos, un envilecimiento del espíritu ante lo Improbable.

No se mata más que en nombre de un dios o de sus sucedáneos: los excesos suscitados por la diosa Razón, por la idea de nación, de clase o de raza son parientes de los de la Inquisición o la Reforma¹³.

La vehemencia y la fe en la aplicación de las ideas cuando se asumen como *verdad absoluta*, para dar sentido a la existencia y en la intención de redimir a otros es una posición subjetiva que en la clínica adquiere connotaciones de psicosis, y de la cual encontramos variados ejemplos en la historia.

⁸ Jacques Lacan, *Función y campo de la palabra*, en *Escritos I*, 1a. edición, México: Siglo XXI Editores, 1971, pág. 94.

⁹ *Ibid.*, pág. 96.

¹⁰ Fernando Savater, *Ensayo sobre Cioran*, op. cit., Madrid: pág. 43. Cita tomada por Savater de *Caída en el tiempo*.

¹¹ E. Cioran, *El aciago demiurgo*, 6a. edición, Madrid: Taurus-humanidades, 1989, pág. 112.

¹² Citas tomadas por Savater de *Caída en el tiempo*, págs. 156, 169, 296, respectivamente.

¹³ E. Cioran, *Breviario de podredumbre*, 8a. edición, Madrid: Taurus, 1992, pág. 19 y sigs.

Patíbulos, calabozos y mazmorras no prosperan más que a la sombra de una fe, de esa necesidad de creer que ha infestado el espíritu para siempre. El diablo palidece junto a quien *dispone* de una verdad, de su verdad.

En cuanto nos rehusamos a admitir el carácter intercambiable de las ideas, la sangre corre... Bajo las resoluciones firmes se yergue un puñal; los ojos llameantes presagian el crimen.

El ansia de ser fuente de *sucesos* actúa sobre cada uno como un desorden mental o una maldición elegida. La sociedad es un infierno de salvadores. Lo que buscaba Diógenes con su linterna era un *indiferente*...¹⁴.

Con las frases anteriores es inevitable, como lector, evocar el entorno sociopolítico de Colombia, en medio de una guerra que propicia la vociferación y la amenaza amparada en el poder aniquilante de las armas. Y en tanto es la repetición de eventos similares del pasado nuestro y de la historia, sin que se corriamos el rumbo, ¿tendremos que apelar como el autor a la noción de destino?

Triunfos y fracasos se suceden según una ley desconocida que tiene por nombre *destino*, nombre al que recurrimos cuando, filosóficamente desguarnecidos, nuestra estancia aquí abajo o no importa dónde, nos parece sin solución y como una maldición que debemos sufrir, irracional e inmerecida¹⁵.

¿Tendremos que admitir con Freud, que la pulsión siempre estará en pugna con el orden cultural, y confirmaremos a Cioran cuando enuncia lo que pocos quieren escuchar?

En cualquier gran ciudad donde el azar me lleva, me sorprende que no se desaten levantamientos diarios, masacres, una carnicería sin nombre, un desorden de fin de mundo.

De tiempo en tiempo se produce una sacudida que nuestros instintos aprovechan; después, continuamos mirándonos a los ojos como si nada hubiera ocurrido y cohabitamos sin interdestarnos demasiado visiblemente. Todo retorna al orden, a la calma de la ferocidad, tan temible, en última instancia, como el caos que la había interrumpido¹⁶.

Es difícil desmentirlos. Las culturas se edifican sobre las ruinas y los cadáveres. Los héroes de turno amplían los horizontes, se proponen nuevos saberes, se transforman las costumbres, se legisla a conveniencia pero también se incuba lentamente la erosión del andamiaje construido. ¿Es una inercia, inmodificable? Cioran tiene una lectura descarnada y sus inferencias comprometen expectativas muy caras a la sociedad moderna:

Cuando actuamos, estamos convencidos que somos libres, pero, en cuanto examinamos nuestra acción, comprobamos que, al fin y al cabo, hemos sucumbido a una ilusión o a una semiilusión¹⁷.

El hombre vive en la mentira. Siempre hay estafas. Las grandes decepciones de la vida se deben a esos hemos hecho una idea falsa de la vida. Además, uno de los sentimientos fundamentales del hombre es la envidia¹⁸.

No hay que perder de vista la imperfección humana. Los sentimientos hostiles son rezagos de la competencia por el territorio, o de la urgencia de ser reconocidos o de la inconformidad resentida. No da pausa al lector. Tampoco es pertinente el *deseo* como incentivo permanente para vivir, porque encubre sentimientos hostiles o sostiene la esperanza, el optimismo y la fascinación con las ideas: "Lo que *se* arruina lo que *deseo*"¹⁹.

Afín y complementaria al deseo, la *creencia* —en tanto sirve como tinglado provisional para construir el juicio y para avanzar en las acciones o como recurso para sentir que se habita el mundo—, también es objeto de su ironía. La fe como versión de la creencia en el aspecto religioso le resultó inaceptable. Mantuvo un combate encarnizado con la idea de Dios y el cristianismo. La circunstancia de tener un padre oficiante de la Iglesia ortodoxa y una madre respetuosa aunque no creyente, movilizó sentimientos contradictorios. De una parte, la sujeción a un *creador* que obliga a padecer, que suscita envidia por el poder que parece detentar, y de otra, su búsqueda y la constancia de que pervive a pesar de su oposición beligerante. Todo ello le motivó más de un reproche contra el Otro:

¿Es concebible abrazar una religión fundada por *otro*?²⁰

Si de vez en cuando nos tienta la fe, es porque propone una humillación de recambio: es a pesar de todo preferible encontrarse en posición de inferioridad frente a un dios que frente a un homínido²¹.

Es difícil, es imposible creer que el dios bueno, el 'Padre', se halla involucrado en el escándalo de la creación. Todo hace pensar que no ha tomado en ella parte alguna, que es obra de un dios sin escrúpulos, de un dios tarado...

Para evitar las dificultades propias del dualismo, se podría concebir un mismo dios cuya historia transcurriría en dos fases: en la primera sabio, exangüe, replegado sobre sí mismo, sin ninguna veleidad de manifestarse: un dios *dormido*, extenuado por su eternidad; en la segunda, emprendedor, frenético, cometiendo error tras error, se entregaría a una actividad condenable en sumo grado²².

La disertación, a partir de la cual socava los soportes de la cultura y la existencia misma, no escapa a su intención demoleadora. No propone nada a cambio, no intenta convencer, sólo habitar el vacío, reconocer el engaño supremo. ¿Para qué la conciencia? Sin embargo, si en algún momento de su reflexión se sorprende exaltado o animoso como efecto espontáneo de la actividad de pensar, no tiene inconveniente en admitir que la fiebre y el entusiasmo afirmativo por las ideas, gravitan en el acto mismo de negar o intentar desestimar la capacidad humana para pensar. Cioran es un ejemplo viviente del efecto de la afirmación subjetiva por la vía de la negación y la oposición al Otro.

¹⁴ *Ibid.*

¹⁵ *Ibid.*, pág. 56.

¹⁶ E. M. Cioran, *Historia y utopía*, 2a. edición, Barcelona: Tusquets, 1995, pág. 117.

¹⁷ *Conversaciones*, *op.cit.*, pág. 192.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 213.

¹⁹ *Ese maldito yo*, *op.cit.*, pág. 186.

²⁰ *Ibid.*, pág. 188.

²¹ *Ibid.*, pág. 190.

²² *El aciago demiurgo*, *op.cit.*, págs. 10, 11 y 12.

La riqueza conceptual de Cioran de ninguna manera se agota en los efectos mencionados con relación a la *lucidez*. Elegimos señalar: lenguaje, pensamiento y discurso; deseo, creencia, ideales; dios, la historia y la conciencia por su relevancia en la obra de Cioran, y porque nos dispone a entender el efecto desgarrador de lo que llama *la conciencia como fatalidad*.

LA CONCIENCIA COMO FATALIDAD

A los 21 años, Cioran experimentó una crisis acompañada de agitación e insomnio que exacerbó su disposición a la melancolía. Según lo relata a Liiceanu²³, fue un momento crítico por la imposibilidad del reposo que brinda el dormir y por los efectos exasperantes de una reflexión sin pausa, cuyos referentes eran: Lichtenberg, Schopenhauer, Kierkegaard y Nietzsche. El alcohol, los burdeles y la tentación del suicidio completan la mezcla explosiva que dio por resultado el primer texto: *En las cimas de la desesperación*.

El insomnio —que en el prefacio el autor define como “esa nada sin tregua”, “... es una lucidez vertiginosa que convertiría el paraíso en un lugar de tortura. Todo es preferible a ese despertar permanente, a esa ausencia criminal del olvido”—, agravó el episodio. Pero se puede inferir por los temas que abordó y sobre los cuales volvería una y otra vez con insistencia obsesiva, que fue una experiencia fundamental en muchos sentidos. Tanto en la apropiación subjetiva de la crisis, como en la producción intelectual y en el rumbo que tomó su vida, se registran los efectos desgarradores pero también cohesionadores de este episodio, que pudo tener un desenlace menos fructífero. Fue un momento de ruptura, pero también de reordenamiento subjetivo del cual surgió la herramienta que lo salvó de la psicosis o el exterminio.

Entonces, avasallado por las pasiones surgidas de una concepción descarnada de la existencia, requiere el recurso fundamental de los humanos: la palabra convertida en argumento. El matiz vociferante, opositivo, autodenigratorio, como fuste implacable para quien quiera leerlo, estará mediado por el saber construido a partir de la filosofía, la psicología, el psicoanálisis, la historia, la literatura y la interlocución con muchos intelectuales de su época. Pero ante todo, el estilo de Cioran estará encarnado en sus malestares, continuamente procesados mediante “una conciencia, de la conciencia” y anudado al sufrimiento:

Sólo tengo ganas de escribir en un estado explosivo, en la fiebre o la crispación, en un estupor metamorfoseado en frenesí, en un clima de ajuste de cuentas en que las invectivas substituyen a las bofetadas y a los golpes...

Escribir equivale a replicar tardíamente o a diferir la agresión: yo escribo para no pasar al acto, para evitar una crisis. La expresión es alivio, venganza indirecta de quien no pudiendo digerir una afrenta se revela *en palabras* contra sus semejantes y contra sí mismo²⁴.

Sufrir es *producir* conocimiento.

Se martiriza uno, se crea, a golpe de tormento, una ‘conciencia’, y después advierte uno con horror que no puede deshacerse de ella.

Mis preferencias: la edad de las cavernas y el siglo de las luces. Pero no olvido que las grutas han desembocado en la Historia y los salones en la guillotina²⁵.

Conciencia y conocimiento en Cioran son fruto de una elaboración sostenida, en permanente replanteamiento y oscilando entre la negación y la afirmación. Se advierte un forcejeo entre la utilización exhaustiva de la posibilidad de pensar, significar y adquirir conocimiento, con el efecto doloroso de aumentar la conciencia de su lugar en el mundo. A manera de condena, de fatalidad desgarradora, cada experiencia procesada le remite a *padeecer* el conocimiento construido y a reutilizarlo indefinidamente. El sesgo trágico aumentará el sufrimiento producido por los efectos de la contradicción discursiva, también vivenciada y enquistada en su ser.

EL DESGARRAMIENTO SUBJETIVO

Si la lucidez pone en evidencia el efecto ilusorio de atrapar la realidad mediante el uso del lenguaje, si el pensamiento y la cultura no tienen efectos permanentes o favorecen acciones indeseables y Cioran se empecina en explorar las consecuencias que de ello se derivan en todos los ámbitos de lo humano, el resultado será la puesta en cuestión de todos los referentes que se han propuesto para soportar la vida.

Entonces, si el deseo es vano como incitador a la vida; si el pensamiento y el saber decantado no direccionan de forma consistente hacia el bienestar humano; si la historia de los acontecimientos no respalda la idea de transformación y progreso; si el vínculo afectivo no puede hacer caso omiso de las miserias inconscientes; si los efectos de las acciones no tienen opciones de replanteamiento o exoneración; si resulta imposible la aceptación modesta de los límites del Yo, para seguir interactuando con otros igualmente carentes, si nada de esto es pertinente, ¿qué le queda al humano como apoyo para *insistir*? ¿Privilegiar la naturaleza y desconocer el *espíritu*?

Para Cioran lo que se impone es el vacío, la inanidad, el exceso de conciencia que inmoviliza, el escepticismo, la ira frente a la creación que condena al destino, el miedo por la desvalidez e impotencia, el hastío y el peso lapidario del ser. En tales condiciones, el acto creador parece una alternativa frente al sufrimiento subjetivo, pero también le aumenta el *goce*, en términos de Lacan, porque la reflexión convertida en texto acentúa la constatación del efecto constrictivo de la palabra y el sesgo momentáneo de la transformación simbólica. ¿Cómo resistir si a pesar del estado exangüe una nueva idea asedia? ¿Si una

²³ Gabriel Liiceanu, E. M. Cioran, *Los continentes del insomnio*, París: Editions Michalon, Suplemento del número 54 de la revista *Debats*, diciembre de 1995.

²⁴ E. M. Cioran, *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario y otros textos*, 3a. edición, Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1992, pág. 229.

²⁵ *El aciago demiurgo*, op.cit., págs. 112, 138, res-

nueva imprecación surge intentando dar salida a la ira pero acompañada de nuevos razonamientos? Si se está condenado a padecer la naturaleza, y a percatarse de ello con el efecto de necesitar expresarlo a partir de palabras o de acciones, pero a la vez se desconfía de tales recursos, ¿cómo soportar el ser y la existencia?

Estos momentos de intensidad subjetiva son un ejemplo de la "conciencia desgarrada" que el autor deja ver en su escritura. Y el sesgo destructivo emerge en su estilo en la vertiente de la negación beligerante, la ironía, el humor negro, la autodenigración y, por extraño que parezca, un nuevo sentido a la vida:

Quando todo los ideales corrientes, sean morales, estéticos, religiosos, sociales o de cualquier otra clase, no logran imprimir a la vida una dirección y una finalidad, ¿cómo preservarla del vacío? La única manera de lograrlo consiste en aferrarse a lo absurdo y a la inutilidad absoluta, a esa nada fundamentalmente inconsistente cuya ficción es susceptible, sin embargo, de crear la ilusión de la vida²⁶.

En el momento en que el sentimiento es más avasallador puede surgir la ilusión, y Cioran termina por admitir que cumple alguna función en la vida y que a pesar de su acritud también le ocurre:

La única respuesta a la nada se encuentra en la ilusión. Es algo casi biológico. Es nuestra sustancia misma. No es la ilusión, es algo mejor que eso. Pero significa también que el peligro de la vida consiste en exagerar en el rigor, en llegar demasiado lejos. Cuestión de temperamento²⁷.

La precisión de su reflexión será coincidente con grandes pensadores que han disertado sobre la condición humana, y las semblanzas que escribió sobre algunos personajes de la historia denotarán la semejanza con su pensamiento y la identificación con la forma como asumieron la vida y el sufrimiento interior:

Dostoevski [más que Shakespeare] es el escritor que más me ha impresionado, el que fue más lejos en el examen del hombre, el que supo explotar el mal y el bien. Abordó con la mayor profundidad el mal, como esencia del hombre, pero al mismo tiempo la inspiración es doble en él. Para mí, Dostoevski es el *escritor*²⁸.

Otros autores frecuentemente citados: Marco Aurelio, Diógenes, Pascal, o los profesores y amigos: Petre Tutea en Rumanía, Michaux, Mircea Eliade y Beckett en Francia, revelan las filiaciones y complicidades que ratifican o direccionan sus ideas por algún tiempo. También las deserciones intelectuales ilustran del intento subjetivo de diferenciarse y de filtrar las ideas a medida que las experiencias lo resituaban en relación con el pensamiento:

Quando leía a Kant, Schopenhauer y otros filósofos, tenía la impresión de ser un dios, tenía algo de un monstruo. La filosofía engendra un desprecio total hacia quienes están fuera de ella, por eso es peligrosa en ese sentido. Hay que conocerla para superar-

la. Lo que cuenta ante todo es el contacto directo con la vida²⁹.

Me aparté de la filosofía en el momento en que se me hizo imposible descubrir en Kant ninguna debilidad humana, ningún acento de verdadera tristeza; ni en Kant ni en ninguno de los demás filósofos.

No se puede eludir la existencia con explicaciones, no se puede sino soportarla, amarla u odiarla, adorarla o temerla, en esa alternancia de felicidad y horror que expresa el ritmo mismo del ser, sus oscilaciones, sus disonancias, sus vehemencias amargas o alegres.

El ser es mudo y el espíritu charlatán. Eso se llama *conocer*³⁰.

El devenir de la vida y las incidencias implacables de lo real, modifican los referentes simbólicos e imaginarios y disponen al escepticismo y a la aceptación del ocaso. No en vano, Freud escribió *El malestar en la cultura* al final de su vida, después de presenciar los efectos de la primera guerra mundial y padecer los albores de la segunda, aparte de un gran deterioro en su salud y los desencuentros con sus seguidores. También Lacan, heredero de dos guerras y actor confrontado por el Mayo del 68, después de privilegiar en su teoría por un buen rato la función del significante, muy avanzada su vida y disminuidas sus condiciones por un episodio cerebral, da un giro teórico para afirmar que "no todo es significativo".

LA NEGACIÓN Y LA ESCRITURA COMO AFIRMACIÓN SUBJETIVA

La negación y la oposición como ejercicio discursivo van paralelas a una vida modesta, ajustada a un orden legal, pero ajena a las actividades cotidianas derivadas de una profesión, una participación social o política y sensible a la amistad, al amor y a la compasión. Si aceptamos que su existencia fue un largo monólogo intensamente corrosivo, que no desembocó en el suicidio y culminó con una enfermedad que agotó su lucidez, podemos convenir con Freud y Lacan que la negación tanática fue el artificio intelectual para aceptar la vida y para dar mediana consistencia a su ser. Cioran lo reconoce:

Pero he tenido que vivir siempre desgarrado interiormente, porque no he encontrado una salida fuera de mí, y con una gran tensión, contraria a mi visión de la vida. Aunque tengo una concepción sombría de la vida, siempre he tenido una gran pasión por la existencia, una pasión tan grande, que se ha invertido en una negación de la vida, porque no tenía los medios para satisfacer mi apetito de vida. Así, que no soy un hombre decepcionado, sino un hombre abatingado por demasiados esfuerzos³¹.

Evocando a Freud, Cioran sólo puede reconocer su interés por la existencia por la vía de la negación intelectual, y discurre con mucha propiedad porque conoce muy bien de lo que habla. Las pasiones vivenciadas y reprimidas retornan con vehemencia y se acordonan en parte mediante la palabra, pero palpitan en el estilo y

el tono

pectivamente.
²⁶ E. M. Cioran, *En las cimas de la desesperación*, 2a. edición, Barcelona: Tusquets Editores, 1993, pág. 23.

²⁷ *Conversaciones op.cit.*, pág. 208.

²⁸ *Ibid.*, pág. 209.

²⁹ *Ibid.*, pág. 211.

³⁰ *Breviario de podredumbre, op.cit.*, pág. 65.

³¹ *Conversaciones, op.cit.*, pág. 27.

el tono del texto. La negación reiterada del sentido de la vida; la denuncia constante del efecto de la conciencia y el escepticismo frente a la cultura como recurso consistente para domar la naturaleza, contrastan con los ejes que orientaron su vida: 82 años intensamente sentidos y anudados al recurso fundamental de los humanos, pensar y expresar, ¡justo acerca de los avatares de la conciencia!

Esta escisión entre el proceso afectivo y la función intelectual, en los momentos más intensos de su reflexión, bordean el límite entre la muerte y la creación; entre la inermidad subjetiva y la producción intensa; entre el dolor de la aceptación del límite y el frenesí de la elaboración afirmativa. Entonces, la escritura como refugio le permitió la elaboración de estados anímicos adversos a la vida y le dio curso a una melancolía que en los momentos más críticos revertía en una creación largamente procesada.

Y para finalizar provisionalmente la exploración de Cioran, no se pueden pasar por alto otros efectos de su posición marginal. La noción de *exilio* connota también el *desarraigo* y la *errancia*. Y en Cioran fueron recurrentes. Aunque emigra al París que deseaba, una vez lo conoce y lo disfruta, como es inevitable también lo decepciona. Aunque logra subsistir sin un empleo y puede convertir el ocio en reflexión y creación, encontró la vertiente que le daría sentido a su vida pero al precio del dolor subjetivo intensamente padecido. Aunque frecuente por algún tiempo actividades sociales que le subvencionaron indirectamente, se margina hastiado. Pese a recibir un amplio reconocimiento intelectual de sus amigos y de la academia que tanto cuestionó, mantuvo una distancia al precio de combatir cualquier ambición o vanidad que compensara sus penurias subjetivas o pecuniarias. Aunque renunció a su patria, a su familia y a su lengua materna, las añoró siempre.

Lo que parece inconformidad es la manifestación de un peregrinaje sin asideros consistentes: "En la frase del tiempo, los hombres se insertan a modo de comas, mientras que, para detenerla, tú te has inmovilizado como un punto"³². Así menciona el autor el intento fallido del sujeto por detener el movimiento imparable en el que está inmerso y para atenuar la conciencia de su finitud.

En pocas palabras, creemos que el autor personifica el desarraigo subjetivo, y su obra testimonia el anclaje simbólico que le permitió pervivir y que nos dispensó, amable lector, esta pausa al entorno siniestro que debemos afrontar, para descubrirnos a partir de otro π

³² *Breviario de podredumbre*, op.cit., pág. 46.